

¿POR QUE SE ENFRÍA LA SOPA?

¿Por qué se enfría la sopa? Esta pregunta, este tema, esta tesis impalpable, la recojo o intento recoger después de fácilmente más de treinta años en que fuera formulada o imaginada y como siempre ha ido y venido conmigo en las vicisitudes de mi cuerpo o de mi alma, sin apartarse jamás, sin dejar de actuar en forma misteriosa y para mí demasiado visible, proponiéndome un camino o, por lo menos, una puerta, ahora me inclino y me meto otra vez en ella, a ver si resulta mi regreso a una lejana inocencia, que era también una técnica. Porque la idea matriz más rica y principal estaba inserta en el tema, que, por lo demás, figura ya íntegramente en el título. ¿Por qué se enfría la sopa? O más corto y más sustancial ahora, entretrejida con otras corrientes y por eso más simple y más terrible, ¿por qué se enfría? Pregunta importante, trascendental y clásica, para un clasicismo personal y autobiográfico, y cada vez más antigua y clara. Pero entonces, cuando yo tenía unos trece años y Manuel uno o dos menos, lo que quería o pretendía al escribir eso era simplemente un limpio juego, un juego de inteligencia y de destreza, seguramente mostrar con más salud que imaginación una capacidad problemática para desarrollar un tema difícil y extremadamente fugitivo, duro, endurecido, nada de atractivo y por eso mismo. Y por eso mismo. Y aquí estaba el probable hallazgo, esencialmente peligroso. Nos divertíamos atravesando los patios, nos reíamos fanfarrones en las sombras de los pasadizos, agregábamos ese secreto y esa seguridad que era nuestra alegría en los años futuros más que en esos años presentes, tan demasiado presentes y que, aún más, no terminaban nunca de pasar, como si se hubieran detenido para siempre. Eso entonces y esto ahora, cuando no recuerdo, fuera del tema, nada más, el ambiente necesario, por ejemplo, en que él, el tema y yo, el que lo imaginaba vertiginosamente y luego rápidamente lo transcribía, nos desarrollábamos. Y ahora este trozo de pregunta, ¿puede ahora, ahora mismo, este ambiente, esta obsesión, esta readaptación de un tema antiguo, y sobre todo de un

antiguo adolescente, convertirse en una historia que personalmente sea toda mi dificultad, mi dificultad de expresión y de explicación, y en una especie de esencial autocrítica hecha por otro que no es el que yo era entonces? Y ahora el tema y su forma:

Es fácil, Manuel, le digo, plantear el problema, es decir la pregunta, es, después de todo, una pregunta como cualquiera otra, como las que les estamos diciendo cada mañana o cada tarde a nuestros padres, tú a don Luis, yo a don Adolfo, por ejemplo, papá, ¿por qué llueve?, ¿por qué hace frío?, ¿por qué la neblina? La pregunta, Manuel, es fácil y dramática si pensamos un poco, si agregamos a ella nuestros motivos, nuestros pensamientos más frágiles y personales, aquellos que no le pasamos al padre Aquiles o al padre Rodolfo cuando nos confesamos el primer jueves, por ejemplo. ¿Por qué le preguntas a tu papá la causa de la lluvia o de la neblina? Ah, no sé, yo no sé, siempre estás levantando las manos haciendo señas, imaginando preguntas, siempre te vas quedando encicento allá en la librería, me gusta la librería de tu padre, Manuel, ahí en pleno centro de la ciudad, en medio de las luces de la tarde o de la noche, en medio del invierno, navegando en él, los parroquianos suben o bajan de las escaleras, chorreando en sus impermeables, parecen marineros o prisioneros, silenciosos, inmóviles y eternos entre las luces y los libros, me gustaría trabajar en ella cuando sea grande, si no doy bachillerato, si me enfermo una tarde en el otoño y no puedo seguir en el colegio, pero ¿por qué se lo preguntamos?, ¿por qué la amas o la odias a la lluvia? Es hermosa, ¿no es cierto?, sobre todo mirada desde el fondo de la vitrina de la librería o del comedor o, mejor todavía, desde el fondo del lecho, mientras la familia entera, tu mamá, tus hermanos, tus primos, se ríen suave en el salón y buscan conversaciones lejanas en la superficie de los ojos, acordándose de Barcelona. Yo pregunto mejor, ¿por qué hace tanto frío, papá?, creo que me estaré toda la vida preguntándolo, por motivos estrictamente míos, que se refieren en seguida también a mi familia, a mi pobre madre, Manuel, que hace siete años que se murió, siete veranos, siete inviernos, siete, siete, siete dicen que es un número misterioso y peligroso, fatal, maldito y bendito al mismo tiempo, famoso en la historia y en las supersticiones y en las trágicas coincidencias. Tal vez no me gusta el frío, tal vez le tenga distancia y miedo por algún motivo que todavía ignoro al frío, a todo el frío, pero ahora mismo me recuerda la pequeña ciudad de La Serena y los años gastados que pasé en ella. No te rías porque digo eso, años gastados, descoloridos, borrados,

agujereados, rotos, es que eso me parecen, es que eso frágil y tembloroso era seguramente para mi alma y mi recuerdo y esa desconfianza que le tuve al frío desde que el doctor Illanes salió del dormitorio grande y mi papá estaba mudo y trémulo y lo disimulaba ahí en la pared blanca. ¿Ves que se preguntan cosas más bien difíciles y malvadas, más bien repletas y saturadas ellas mismas del modo de formularlas, de otras cosas injustas y malvadas, de otras terribles implacables cosas? Nadie se atreve a salir del lenguaje, de las palabras, de las frases, de las oraciones gramaticales vacías, Manuel, la gente se encierra ella misma en los laberintos del idioma, en las declinaciones esenciales que dice el padre Escudero, porque tiene miedo, sencillito miedo, miedo de estar ella sola, impresionantemente sola e impresionantemente desnuda, desnuda sólo con dramatismo frente al visible mundo que está cambiando imperceptible, gota a gota, aunque no se note y aunque no suene, ya eso es más trágico y más próximo. ¿No crees, Manuel, que el que inventó las preguntas ya estaba diciendo un poco su soledad, su desamparo, llamando a gritos a su miedo, por lo menos para que lo acompañara? El hombre que hace preguntas es un débil, un enfermo, un abandonado, un atolondrado, un tipo lleno de hipocondría. Las preguntas son para las suaves mujeres ansiosas, para todas las mujeres, ya ves, el romancero está lleno de inconsolables lágrimas femeninas y de sollozos, y también todo el teatro, las mujeres humedecidas por la pena no hacen más que llenar todos los escenarios del siglo de oro con atroces preguntas sin respuesta, absolutamente sin respuesta, la tragedia es una pregunta esencial sin respuesta, Manuel, un callejón sin salida, un camino que va y no regresa, una debilidad y una angustia que sabe que va a morir desangrada. ¿No lo crees? Por eso es bueno preguntar a veces preguntas tremendas o inocentes, para desconcertar al amante, al marido, al padre, al amigo o al enemigo de los persas o de los griegos. Sin preguntas no hay poema, ni ópera, ni drama, ni tragedia ni novela y creo que tampoco revoluciones. ¿Te acuerdas del inmenso Cristo? Siempre nos estaremos acordando de Cristo el perseguido, yo por lo menos, creo que desde ahora estoy en el mundo para acordarme todo el tiempo de él, durante diez o veinte o treinta años, toda la vida, toda la soledad y el aburrimiento, Manuel. ¿Y qué hace Cristo allá arriba, plantado en la cruz? ¿Qué hace Cristo si no es hacerle una arrastrada y formidable pregunta al dueño absoluto del cielo? Padre, padre inclemente, padre potente, padre bárbaro y sordo, ¿por qué me has abandonado? Si no hubiera clamado y preguntado, ¿qué pasaba, Manuel? ¿Vamos corriendo donde el padre Oliva y se lo pregunta-

mos? El podría contestarnos sin burlarse sarcástico ni empujarnos con odio de rodillas contra la pared del salón de estudios toda la tarde y toda la noche hasta el sábado, porque él comprendería. Porque hubo la posibilidad de que Cristo se muriera allá arriba aislado y ausente y, sobre todo, sin preguntar nada, ni media palabra, pero ¿qué pasaba? Ya él era una pregunta colgada en los dos palos ¿no? ¿Quieres dibujarlo someramente, Manuel? ¿Te das cuenta? ¿No te das cuenta de que él es un signo interrogativo? El primero, sólo el primero, falta el segundo, Manuel, desde una cantidad de años la pregunta ha quedado abierta. ¿Quién la dibujará completa, para qué y cuándo? Por todo esto que yo mismo no entiendo mucho, pero que me doy cuenta puede ser importante, insolente y trascendental para lo bueno y lo malo, para la salvación o la desesperación, voy a escribir esa pregunta mía y a desarrollarla si puedo. ¿Crees que podré, Manuel? ¿Crees que se enojará demasiado el padre Escudero? ¿Crees que dirá vociferando con la manga que soy un insolente y un hereje y que me vaya a esperarlo a la oficina y mañana, Carlos, dile a tu padre que venga a conversar conmigo antes de las doce? Tengo que escribir, pues, finalmente, una composición anónima, acuosa, desabrida, una historia simple y mentirosa, cómo pasó sus vacaciones, describa su casa, describa su calle, describa el colegio, el salón de estudio, la sala de clases, los dos patios y el gimnasio en horas de reposo y también las ventanas que dan a la casa de la familia Damke, allá en el segundo piso de la calle Agustinas. Podría hablar del segundo piso escuetamente, de la ventana que da a la escalera de Margarita Damke, por ejemplo, la triqueña que todas las mañanas a las diez pega sus pestañas detrás de las cortinas verdes oteando a los muchachos que vienen de los patios, de los pasadizos, de los urinarios, oliendo mundanamente a cigarrillos, no, Manuel, no mira pecaminosa ni desdeñosa, es como nosotros, de nuestra misma edad, seguramente de nuestro mismo aburrimiento, quiere acompañarnos, quiere que la acompañemos, quiere vernos aquí hundidos en este frasco con alcohol detenido en que nos mantienen los curas, moviéndonos incomunicados del pupitre hasta el pizarrón, de la tiza hasta el cuaderno, desde el cansancio hasta el hastío, simulando con miedo, adivinando con miedo, sonriendo con miedo y forzada y quieta hipocresía y respirando rápidamente cuando suena la campana en el patio, ahí está ya ella, leal y ojerosa, pegada en los vidrios, esperando desfallecida que nos levantemos, deteniendo sus ojos y su respiración cuando Jiménez, el profesor Jiménez, empieza a insultar sin transición a todo el curso y se pasea ufano y solitario con la tiza y la esponja en la